

Colosenses 1:21-28

Colosenses 1:21-28 Pentecostés 9, 2016 Gén. 18:1-10a; Lucas 10:38-42

“También a vosotros, que erais en otro tiempo extraños y enemigos por vuestros pensamientos y por vuestras malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él. Pero es necesario que permanezcáis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo y del cual yo, Pablo, fui hecho ministro. Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia. De ella fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos. A ellos, Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, esperanza de gloria. Nosotros anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre.” (Colosenses 1.21–28, RVR95)

Es un gran hecho que Dios reconcilió al mundo consigo mismo mediante Cristo y su muerte en la cruz. Es igualmente importante saber que, aunque Cristo ha pagado por los pecados de todos, no todos van a gozar el beneficio eterno de esta reconciliación. Nuestro texto hoy habla del hecho de la reconciliación, pero no se queda con eso. También nos habla de lo que Dios hizo para que nosotros podamos beneficiar de esto, para que realmente lleguemos a la gloria de la vida eterna con Cristo en el cielo. Esta mañana, entonces, vamos a considerar el tema: La reconciliación terminada y transmitida. Veremos que 1) Fuimos reconciliados con Dios, y 2), Esta reconciliación se nos transmite en el ministerio de la palabra.

Fuimos reconciliados con Dios. Vemos la importancia de este hecho cuando consideramos lo que fue nuestra situación sin esta reconciliación. Pablo describe nuestra situación antes de esto como sigue: *“erais en otro tiempo extraños y enemigos”*.

“Extraños”, separados de Dios, alejados de él, y “enemigos”, llenos de hostilidad contra Dios y todo lo que Dios exige de nosotros. Tal ha sido la situación natural de todos los hombres desde que Adán y Eva cayeron en el pecado. Y esta separación y hostilidad no fueron sólo asunto de ignorancia. Pablo dice que fue *“por vuestros pensamientos y por vuestras malas obras”*. Nuestros pensamientos no estaban de acuerdo con los pensamientos de Dios, y el resultado fue que las obras que hacemos son malas, son pecado, no están conforme a la voluntad de Dios. Y así nos gusta por naturaleza. Así que cuando Dios nos prohíbe cosas que nosotros queremos, y cuando nos manda lo que no queremos hacer, el resultado es hostilidad, enemistad contra Dios. En Juan 3 dice. *“Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto”* (Juan 3:19–20). Así era nuestra naturaleza, y no tuvimos cómo cambiarlo.

Pero, dice Pablo, aun así, cambió. Nosotros no lo hicimos: Dios lo hizo. *“Ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte”*. En los versículos antes de nuestro texto Pablo ha cantado un gran himno de alabanza de Cristo, el Hijo de Dios, que es el primogénito sobre toda la creación, y también la cabeza de su cuerpo que es la iglesia. Dice que agradó al Padre por medio de él *“reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”*.

Ahora Pablo dice que esto fue hecho para aquellos a quienes está escribiendo. Y fue hecho también para nosotros. Fue hecho para todos los pecadores. Cristo había tomado toda su culpa sobre sí mismo, y había pagado el precio del pecado de toda la humanidad, que es la muerte. Porque él así quitó de nosotros la carga de nuestro pecado y la culpa ante Dios, Pablo puede declarar que fuimos reconciliados en su cuerpo de carne, por medio de la muerte.

Dios tuvo un propósito en este sacrificio de su propio Hijo Jesucristo y así reconciliarnos con Dios. Fue *“para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él”*. El mismo Cristo que sacrificó su vida para quitar nuestros pecados y culpa será el Juez en el día final. Y él no admitirá ninguna acusación contra aquellos que él ha redimido ya con su sangre. Han sido apartados para él, su justicia, que es nada menos que su propia

perfecta justicia, ya cubre sus pecados, de modo que son irreprochables.

¿Quiénes serán presentados así ante el Juez en el día final? Todos los que permanecen en la fe en Cristo. “*Pero es necesario que permanezcáis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído*”. Es obvio no sólo que la fe es importante, sino que también es esencial que permanezcamos en la fe hasta el fin. La fe es la confianza, la convicción de que lo que el evangelio proclama es la verdad y que es algo de que podemos depender con absoluta seguridad. Tal fe no viene de nosotros ni es algo que podemos encontrar en cualquier parte. Viene por el evangelio. Así que cuando Pablo apela a los cristianos en Colosas como creyentes, les recuerda cómo es que tienen esa fe. Les recuerda que han escuchado el evangelio, las buenas noticias del sacrificio de Cristo por ellos y del perdón que ese sacrificio obtuvo para ellos. Les recuerda que el evangelio no es sólo un mensaje secreto solamente para ellos, sino es el mismo evangelio que han escuchado personas en el mundo entero. Es un evangelio universal. Es el evangelio del cual Pablo es un ministro, de modo que fue en fidelidad a una comisión que había recibido de Dios que él y sus colaboradores anunciaron a ellos este mensaje que ha producido en ellos la fe salvadora, de la cual no deben dejar que nadie les induzca a moverse de ella.

Nosotros hemos escuchado el mismo evangelio que los colosenses escucharon de los fieles colaboradores de Pablo. Puesto que Dios estaba en Cristo reconciliando al *mundo* consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, nosotros estamos incluidos entre los que debemos escuchar y confiar en estas palabras y así ser presentados como santos, sin mancha e irreprochables en el juicio. ¿Y cómo llegamos a ser efectivamente participantes en estas promesas y creyentes en el evangelio de Jesucristo? Esta reconciliación se nos transmite en el ministerio de la palabra. Lo demás de este texto nos habla del ministerio que Dios estableció para que la palabra llegara a nosotros y fuera llevado al mundo entero.

En primer lugar, Pablo les recuerda que ser ministro de Cristo, así como ser cristiano, es algo que trae también aflicción. Eso no desanima a Pablo. Más bien dice que se regocija en medio de sus tribulaciones. ¿Cómo puede ser esto?

Por una cosa, Pablo reconoce que esas tribulaciones que él tiene como predicador del evangelio resultan en gran beneficio para los creyentes. Además, dice que los ataques contra él y los demás cristianos son motivados por la enemistad de la gente contra Cristo mismo. Así como Cristo fue rechazado y atacado y finalmente crucificado, cuando Cristo no está ya presente para atacarlo personalmente, la hostilidad se dirige contra los seguidores de Cristo, los predicadores y los miembros de la iglesia. Los cristianos son afligidos, son perseguidos, precisamente porque son el cuerpo de Cristo en el mundo. Esto está de acuerdo con lo que Cristo dijo a Pablo cuando se le apareció en el camino a Damasco para perseguir a los cristianos. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Ahora Pablo es el predicador de Cristo, y la persecución de Cristo se dirige contra él.

Precisamente para el beneficio de la iglesia Pablo es hecho un ministro. *“De ella fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios”*. El ministerio de Pablo es algo que ha recibido de Dios. Dios es quien lo llamó con la aparición de Cristo a él en el camino a Damasco. Dios es quien le dio una responsabilidad especial para cumplir al llamarlo a su servicio. Y esa responsabilidad es predicar ese evangelio cumplidamente, en todas partes, a todos.

El ministerio de Pablo es para el beneficio de la iglesia. Es una administración de Dios o una comisión de Dios *que me fue dada para con vosotros*. Pablo en su persona no es el beneficiario de este ministerio, sino lo son aquellos a quienes transmite el evangelio, aquellos a quienes predica. Por el mensaje que Pablo proclama, el evangelio de Jesucristo, se transmite a siempre más personas la palabra de reconciliación, para que esas personas personalmente crean en esa reconciliación y por esa fe efectivamente en su persona reciban el beneficio de esa reconciliación que Jesús ganó con su muerte en la cruz. El que Pablo debe anunciar cumplidamente esta palabra de Dios es la comisión que Cristo originalmente le dio cuando dijo: “Ve, porque instrumento escogido me es este para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel” (Hechos 9:15). Todos los fieles pastores que predicán el evangelio a ustedes hasta hoy están cumpliendo la misma misión, con las mismas bendiciones para sus oyentes que reciben con fe su mensaje.

Pablo llama ese mensaje un misterio. Quiere decir algo que es oculto y que sólo se puede saber por la revelación de Dios. Aquí describe el misterio que él anuncia como algo que *“había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos”*. ¿Pero qué es lo que se ha revelado ahora a los santos con la predicación de Pablo y sus colaboradores en el Nuevo Testamento? Precisamente esto, *“A ellos, Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, esperanza de gloria”*. Ahora se ha revelado claramente que el evangelio no es para una nación, sino para todas las naciones. Que aun los gentiles, los que no eran el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, tienen plena participación en todas las bendiciones del pueblo de Dios sólo por la fe en Jesucristo. Cuando el evangelio ha llegado a esos gentiles, y ellos han creído, el Espíritu Santo vino para morar en ellos, y con él Cristo mismo mora en ellos. Y esto les asegura que ellos también tendrán completa participación en la gloria que Cristo ha heredado después de su sufrimiento. Cristo en vosotros, en ustedes los gentiles, en nosotros los gentiles, es la esperanza de gloria para ellos y para nosotros. Al darnos cuenta de que somos los hijos de Dios y coherederos con Cristo por la fe en él, tenemos también la segura esperanza de gozar plenamente la gloria de Cristo en el día final.

Este mensaje, dice Pablo, es para todos. No es para un pequeño grupo, como los adversarios en Colosas estaban alegando, sino *“Nosotros anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”*. Como Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, el evangelio que anuncia esta reconciliación es para todos. No tenemos que pensar que tal vez cierta persona sea demasiado perdida para que pueda tener un buen efecto. No tenemos que pensar que los de cierta nacionalidad tengan algún privilegio. El evangelio es para todos, sin excepción. Todos necesitan la amonestación a arrepentirse de sus pecados, todo necesitan la enseñanza de que en Jesús Dios mismo ya pagó por sus pecados de modo que hay perdón para los que crean en Jesús. No se necesita alguna sabiduría humana especial, Cristo y la salvación en él es la verdadera sabiduría.

Así que, también hagamos todo, como Pablo, para que el evangelio llegue a todos, *“a fin de presentar perfecto en Cristo*

Jesús a todo hombre”. Jesús, y su sacrificio por ellos, realmente es todo lo que todo hombre necesita para pararse perfecto a los ojos de Dios en el día del juicio. Que nosotros encontremos toda nuestra esperanza en este mensaje, y que seamos fieles en transmitir este mensaje de la suficiencia de Jesucristo para la salvación de todos los hombres a todos los hombres. Amén.